

LA FE Y LA INCULTURACION

La preparación de la 4a. Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Santo Domingo, octubre de 1992) nos invita a profundizar un aspecto muy importante de la "nueva evangelización", el de la inculturación de la fe. En este número de la revista MEDELLIN ofrecemos a nuestros lectores un documento de interés excepcional por su claridad, madurez y riqueza doctrinal. Preparado por la Comisión Teológica Internacional (CTI) durante su sesión de diciembre de 1987, aprobado en la sesión plenaria de octubre de 1988, fue publicado con el placet del Cardenal Joseph RATZINGER, presidente de dicha Comisión. Entre los principales colaboradores en la elaboración de este texto destacamos los nombres de Gilles LANGEVIN, redactor principal, Philippe DELHAYE, Hans URS von BALTHASAR, Georges COTTIER y Hervé CARRIER. Nuestra traducción se hizo directamente sobre el texto original en francés.

A.M.

INTRODUCCION

1. La Comisión Teológica Internacional (CTI) ha tenido varias veces la ocasión de reflexionar sobre las relaciones entre la fe y la cultura¹. En 1984 habló directamente de la inculturación de la fe en el estudio sobre el Misterio de la Iglesia que hizo en vista del Sínodo extraordinario de 1985². Por su lado, la Comisión Bíblica Pontificia tuvo su

-
1. Podrían verse los textos "La unidad de la fe y el pluralismo teológico" (1972), "Promoción humana y salvación cristiana" (1976), "Doctrina católica sobre el matrimonio" (1977), "Cuestiones selectas de cristología" (1979), en COMISION TEOLOGICA INTERNACIONAL, *Documentos 1970-1979*, Madrid, Ed. Cete, 1983.
 2. CTI, *Temas selectos de eclesiología con ocasión del 22o. aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II*, (1984).

170 Comisión Teológica Internacional, Eclesiología y la Inculturación.
sesión plenaria de 1979 sobre el tema de *La inculturación de la fe a la luz de la Escritura*³.

2. Hoy la CTI quiere llevar esta reflexión de manera más profunda y más sistemática en razón de la importancia que ha tomado este tema de la Inculturación de la Fe por todas partes en el mundo cristiano y por la insistencia con la cual el Magisterio de la Iglesia ha abordado este tema desde el II Concilio Vaticano.

3. La base la suministran los documentos conciliares y los textos de los Sínodos que los han prolongado. Así, en la Constitución *Gaudium et Spes*, el Concilio mostró cuáles lecciones y cuáles consignas ha sacado la Iglesia de sus primeras experiencias de inculturación en el mundo greco-romano⁴. Luego, consagró un capítulo entero de este documento a la promoción de la cultura (*De culturae progressu rite promovendo*)⁵. Después de haber descrito la cultura como un esfuerzo hacia más humanidad y un mejor ordenamiento del universo, el Concilio consideró largamente las relaciones entre la cultura y el mensaje de la salvación. Enunció después algunos de los deberes más urgentes de los cristianos en relación a la cultura: defensa del derecho de todos a la cultura, promoción de la cultura integral, armonización de las relaciones entre la cultura y el cristianismo. El Decreto sobre la Actividad Misionera de la Iglesia y la Declaración sobre las Religiones no Cristianas retoman algunas de estas orientaciones. Dos Sínodos ordinarios han tratado expresamente de la Evangelización de las Culturas: el de 1974⁶ consagrado a la Evangelización y el de 1976 sobre la Formación Catequística⁷. El Sínodo de 1985, que celebraba el vigésimo aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II, habló de la inculturación como de "la íntima transformación de los auténticos valores culturales por su integración en el cristianismo y el enraizamiento del cristianismo en las diversas culturas humanas"⁸.

4. El Papa Juan Pablo II, por su parte, tomó a pecho de manera especial la Evangelización de las culturas. El diálogo de la Iglesia y de las

3. PCB, *Fede e cultura alla luce della Bibbia. Foi et culture à la lumière de la Bible*, Torino, Ed. Elle Di Ci, 1981.

4. GS 44.

5. GS 53-62.

6. EN 18-20.

7. CT 53.

8. Sínodo extraordinario con motivo del 20o. aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II. Documento final votado por los Padres el 7 de diciembre de 1985.

culturas reviste una importancia vital a sus ojos para el futuro de la Iglesia y del mundo. El Santo Padre creó para ayudarlo en esta gran obra, un organismo curial especializado: El Consejo Pontificio para la Cultura⁹. Es precisamente con este Dicasterio que la Comisión Teológica Internacional se regocija de poder reflexionar hoy sobre la Inculturación de la fe.

5. Fundado sobre la convicción de que “la Encarnación del Verbo ha sido también una encarnación cultural”, el Papa afirma que las culturas, analógicamente comparables a la humanidad de Cristo en lo que ellas tienen de bueno, pueden jugar un papel positivo de mediación para la expresión y la irradiación de la fe cristiana¹⁰.

6. Dos temas esenciales están ligados a estas consideraciones. Primero el de la transcendencia de la Revelación en relación a las culturas en donde ella se expresa. La Palabra de Dios no podría, en efecto, identificarse o ligarse de manera exclusiva con los elementos de cultura que la vehiculan. El Evangelio impone antes bien con frecuencia una conversión de mentalidad y un mejoramiento de las costumbres ahí donde se implanta: las culturas, ellas también, deben ser purificadas y restauradas en Cristo.

7. El segundo tema mayor de la enseñanza de Juan Pablo II trata de la urgencia de la evangelización de las culturas. Esta tarea supone que se comprenda y penetre con una simpatía crítica las identidades culturales particulares y que, en una preocupación de universalidad conforme a la realidad propiamente humana de todas las culturas, se favorezcan los intercambios entre ellas. El Santo Padre fundamenta así la evangelización de las culturas sobre una concepción antropológica fuertemente enraizada en el pensamiento cristiano desde los Padres de la Iglesia. Ya que la *cultura*, cuando es recta, revela y fortifica la *naturaleza del hombre*, la impregnación cristiana de la cultura supone superar todo historicismo y todo relativismo en la concepción de lo humano. La evangelización de las culturas debe, pues, inspirarse en el amor del hombre en sí mismo y para sí mismo, especialmente en los aspectos de su ser y de su cultura que son atacados o amenazados¹¹.

9. Juan Pablo II, Carta autógrafa de fundación del Consejo Pontificio para la Cultura, mayo 20 de 1982, en AAS 74 (1983) 683-688.

10. Juan Pablo II, Discurso en la Universidad de Coimbra (mayo 15 de 1982). Discurso a los obispos de Kenya (mayo 7 de 1980).

11. Juan Pablo II, Discurso a los miembros del Consejo Pontificio para la Cultura (enero 18 de 1983).

8. A la luz de esta enseñanza, como también de la reflexión que el tema de la Inculturación de la fe ha suscitado en la Iglesia, nos proponemos abordar primero una antropología cristiana, que sitúa en sus mutuas relaciones, la naturaleza, la cultura y la gracia. Veremos luego el proceso de inculturación actuando en la Historia de la Salvación: antiguo Israel, vida y obra de Jesús, Iglesia de los orígenes. Una última sección tratará de los problemas planteados hoy a la fe por el encuentro con la piedad popular, con las religiones no cristianas, con la tradición cultural en las Iglesias jóvenes, y en fin con los rasgos diversos de la modernidad.

I

NATURALEZA, CULTURA Y GRACIA

1. Los antropólogos recurren a menudo para describir o definir la cultura, a la distinción, que a veces se convierte en oposición, entre naturaleza y cultura. El significado de esta palabra *naturaleza* varía, por otra parte, según las concepciones diferentes de las ciencias de la observación, de la filosofía y de la teología. El Magisterio entiende esta palabra en un sentido bien preciso: la naturaleza de un ser es aquello que lo constituye como tal, con el dinamismo de sus tendencias hacia sus finalidades propias. Es de Dios de quien las naturalezas reciben lo que son, así como sus fines propios. Ellas están preñadas por lo tanto de un significado en el cual el hombre, en cuanto *imagen de Dios* es capaz de leer "la intención creadora de Dios"¹².

2. Las inclinaciones fundamentales de la naturaleza humana expresadas por la ley natural aparecen, pues, como una expresión de la voluntad del Creador. Esta ley natural manifiesta las exigencias específicas de la naturaleza *humana*, exigencias que son significativas del designio de Dios sobre su criatura razonable y libre. Así se descarta cualquier malentendido que, al percibir la naturaleza en un sentido unívoco, reduciría al hombre a la naturaleza material.

3. Conviene al mismo tiempo considerar la naturaleza humana según su desarrollo concreto en el tiempo de la historia: aquello que el hombre dotado de una libertad falible, a menudo esclava de las pasiones, ha hecho de su humanidad. Esta herencia transmitida a las generaciones nuevas comporta a la vez tesoros inmensos de sabiduría, de arte

12. HV.

y de generosidad y un acervo considerable de desviaciones y perversiones. La atención se concentra entonces al mismo tiempo sobre la naturaleza humana y la condición humana, expresión que integra datos existenciales, de los cuales algunos —el pecado y la gracia— tienen relación con la Historia de la Salvación. De modo que si nosotros utilizamos la palabra *cultura* en un sentido en primer lugar positivo —como sinónimo de desarrollo, por ejemplo—, como lo han hecho el Vaticano II y los Papas recientes, no nos olvidamos de que las culturas pueden perpetuar y favorecer las opciones del orgullo y del egoísmo.

4. La cultura se comprende en la prolongación de las exigencias de la naturaleza humana, como realización de sus finalidades, así como lo enseña entre otros la Constitución *Gaudium et Spes*.

“Es lo propio de la persona humana no acceder verdadera y plenamente a la humanidad sino por la cultura, es decir, cultivando los bienes y los valores de la naturaleza... En un sentido amplio, la palabra *cultura* designa todo aquello por lo cual el hombre afina y desarrolla las múltiples capacidades de su espíritu y de su cuerpo”¹³.

De modo que son múltiples los campos de la cultura: por el conocimiento y el trabajo el hombre se aplica a someter el universo; humaniza la vida social por el progreso de las costumbres y de las instituciones; traduce, comunica y conserva por fin en sus obras, en el transcurso de los tiempos, las grandes experiencias espirituales y las aspiraciones mayores del hombre para que ellas sirvan al progreso de muchos y aún de todo el género humano.

5. El sujeto primero de la cultura es la persona humana, considerada según todas las dimensiones de su ser. El hombre se cultiva —esa es la finalidad primera de la cultura, pero lo hace mediante *obras de cultura*— y gracias a una memoria cultural. Por esto la cultura designa también el *medio* en el cual y gracias al cual las personas pueden crecer.

6. La persona humana es un *ser de comunión*; se desarrolla dando y recibiendo. Es, pues, en solidaridad con los demás y a través de los lazos sociales vivos como la persona progresa. Así estas realidades que son la nación, el pueblo, la sociedad, con su patrimonio cultural, constituyen para el desarrollo de las personas “un medio determinado e históri-

13. GS 53.

114 Comisión Teológica Internacional, La fe y la inculturación
co, de donde ellas sacan los valores que les permiten promover la civilización”¹⁴.

7. La cultura, que es siempre una cultura concreta y particular, está abierta a los valores superiores comunes a todos los hombres de modo que la originalidad de una cultura no significa repliegue sobre sí misma, sino contribución a una riqueza que es patrimonio de todos los hombres. El pluralismo cultural no debería, pues, interpretarse como la yuxtaposición de universos cerrados, sino como la participación en el concierto de realidades totalmente orientadas hacia los valores universales de la humanidad. Los fenómenos de penetración recíproca de las culturas, frecuentes en la historia, ilustran esta apertura fundamental de las culturas particulares a los valores comunes a todos los hombres y, por consiguiente, la apertura de las unas a las otras.

8. El hombre es un ser naturalmente religioso. La orientación hacia lo absoluto está inscrita en su ser profundo. La religión, en un sentido amplio, es *parte integrante* de la cultura; en ella echa raíces y la enriquece. Por eso todas las grandes culturas comportan como piedra angular del edificio que constituyen la dimensión religiosa, inspiradora de las grandes realizaciones que han marcado la historia milenaria de las civilizaciones.

9. A la raíz de las grandes religiones está el movimiento ascendente del hombre en búsqueda de Dios. Purificado de sus desviaciones y de sus pesadeces, ese movimiento debe ser objeto de un respeto sincero. Porque sobre éste viene a injertarse el don de la fe cristiana. En efecto, lo que distingue la fe cristiana es que ella es libre adhesión a la oferta del amor gratuito de Dios que se ha revelado a nosotros, que nos ha dado a su Hijo único para librarnos del pecado y que ha derramado su Espíritu en nuestros corazones. Es en este don que Dios hace de sí mismo a la humanidad en donde reside, frente a todas las aspiraciones, todos los anhelos, conquistas y adquisiciones de la naturaleza, la radical originalidad cristiana.

10. Es, pues, porque ella trasciende todo el orden de la naturaleza y de la cultura que la fe cristiana, por una parte, es compatible con todas las culturas, en lo que ellas tienen de conforme a la recta razón y a la buena voluntad y, por otra parte, es ella misma en un grado eminente un factor dinamizante de cultura. Un principio ilumina el conjunto

14. Ibid.

de las relaciones entre la fe y la cultura: la gracia respeta la naturaleza, la sana de las heridas del pecado, la fortalece y la eleva. La exaltación a la vida divina es la finalidad específica de la gracia, pero ella no puede lograrse sin que la naturaleza sea sanada y sin que la elevación al orden sobrenatural lleve la naturaleza en su línea propia a una plenitud de perfección.

11. El proceso de *inculturación* puede definirse como el esfuerzo de la Iglesia para hacer penetrar el mensaje de Cristo en un medio socio-cultural dado, llamando a éste a crecer en la línea de todos sus valores propios, siempre y cuando éstos sean conciliables con el Evangelio. El término *inculturación* incluye la idea de crecimiento, de enriquecimiento mutuo de las personas y de los grupos, gracias al encuentro del Evangelio con un medio social.

“La inculturación es la encarnación del Evangelio en las culturas autóctonas y, al mismo tiempo, la introducción de dichas culturas en la vida de la Iglesia”¹⁵.

II

LA INCULTURACION EN LA HISTORIA DE LA SALVACION

Yahvé y el pueblo de la Alianza

Jesucristo, Señor y Salvador del mundo

El Espíritu Santo y la Iglesia de los Apóstoles

1. Las relaciones mutuas de la naturaleza, de la cultura y de la gracia, las consideramos en la historia concreta de la Alianza de Dios con la humanidad. Iniciada con un pueblo particular, culminando en un hijo de este pueblo que es también Hijo de Dios, extendiéndose a partir de El a todas las naciones de la tierra, esta historia muestra la “admirable condescendencia de la Sabiduría Eterna”¹⁶.

Israel, el Pueblo de la Alianza

2. Israel se ha comprendido a sí mismo como formado de manera inmediata por Dios. Por esto, el Antiguo Testamento, la Biblia del antiguo Israel, es el testigo permanente de la revelación del Dios vivo a los

15. Juan Pablo II, *Slavorum Apostoli*, junio 2 de 1985.

16. DV 13.

miembros de un pueblo elegido. En su forma escrita esta revelación lleva también las huellas de las experiencias culturales y sociales del milenio en el cual este pueblo y las civilizaciones vecinas se han encontrado en la historia. El antiguo Israel nació en un mundo que ya había dado origen a grandes culturas y creció ligado a ellas.

3. Las instituciones más antiguas de Israel (por ejemplo, la circuncisión, el sacrificio de la primavera, el descanso sabático), no le son específicas, sino que las ha tomado prestadas de los pueblos vecinos. Gran parte de la cultura de Israel tiene un origen semejante. Sin embargo, el pueblo de la Biblia ha sometido a estos elementos prestados a profundos cambios, cuando los ha incorporado a su fe y a su práctica religiosa. Los ha pasado por la criba de la fe en el Dios personal de Abraham (creador libre y sabio ordenador del universo, en quien el pecado y la muerte no podrían encontrar su origen). Es el encuentro con este Dios, vivido en la Alianza, lo que permite comprender al hombre y a la mujer como seres personales y rechazar en consecuencia los comportamientos inhumanos inherentes a las demás culturas.

4. Los autores bíblicos han utilizado y a la vez transformado las culturas de su tiempo para narrar, a través de la historia de un pueblo, la acción salvífica que Dios hará culminar en Jesucristo, y para unir los pueblos de todas las culturas llamadas a formar un solo cuerpo del cual Cristo es la cabeza.

5. En el Antiguo Testamento algunas culturas, fusionadas y transformadas, son puestas al servicio de la revelación del Dios de Abraham, vivida en la Alianza y consignada en la Escritura. Fue una preparación única, a nivel cultural y religioso, en vista de la venida de Jesucristo. En el Nuevo Testamento, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, más profundamente revelado y manifestado en la plenitud del Espíritu, invita a todas las culturas a dejarse transformar por la vida, la enseñanza, la muerte y la resurrección de Jesucristo.

6. Si los paganos son "injertados en Israel"¹⁷, el plan original de Dios, es preciso subrayarlo, concierne la creación entera¹⁸. Una Alianza se concluye, en efecto, por intermedio de Noé, con todos los pueblos de la tierra dispuestos a vivir en la justicia¹⁹. Esta Alianza es anterior a

17. Ro 11, 11-24.

18. Gn 1, 1-2, 4a.

19. Cf. Gn 9, 1-17; Si 44, 17-18.

aquellas contraídas con Abraham y con Moisés. Es por fin a todas las familias de la tierra a las que a partir de Abraham, Israel debe comunicar las bendiciones que ha recibido²⁰.

7. Señalemos, por otra parte, que no todos los diversos aspectos de la cultura de Israel están igualmente relacionados con la Revelación divina. Algunos dan testimonio de la resistencia a la Palabra de Dios, mientras que otros expresan su aceptación. Entre estos últimos es preciso distinguir también lo provisional (prescripciones rituales y judiciales) y lo permanente de alcance universal. Ciertos elementos (en "la Ley de Moisés, los Profetas y los Salmos"²¹), desempeñan precisamente el papel de pre-historia de Jesús.

Jesucristo, Señor y Salvador del mundo

I. La trascendencia de Jesucristo sobre toda cultura

8. Una convicción domina la predicación de Jesús: en El, Jesús, en su Palabra y en su persona, Dios lleva a término, superándolos, los dones que ya ha hecho a Israel y al conjunto de las naciones²². Jesús es la luz soberana y la verdadera sabiduría para todas las naciones y todas las culturas²³. El muestra en su misma actividad que el Dios de Abraham, ya reconocido por Israel como creador y Señor²⁴, se dispone a reinar sobre todos aquellos que creerán en el Evangelio; aún más, por Jesús Dios reina ya²⁵.

9. La enseñanza de Jesús, especialmente en las parábolas, no teme rectificar y, dado el caso, cuestionar no pocas ideas que la historia, la religión en su práctica efectiva y la cultura han inspirado a sus contemporáneos sobre la naturaleza de Dios y sobre su modo de obrar²⁶.

10. La intimidad totalmente filial de Jesús con Dios y la obediencia amorosa que le hace ofrecer a su Padre su vida y su muerte²⁷ atestiguan que en El el designio original de Dios sobre la creación, viciado por el

20. Gn 12, 1-5; Jr 4, 2; Si 44, 21.

21. Lc 24, 27-44.

22. Mc 13, 10; Mt 12, 21; Lc 2, 32.

23. Mt 11, 19; Lc 7, 35.

24. Sal 93, 1-4; Is 6, 1.

25. Mc 1, 15; Mr 12, 28; Lc 11, 20; 17, 21.

26. Mt 20, 1-16; Lc 15, 11-32; 18, 9-14.

27. Mc 14, 36.

pecado, ha sido restaurado²⁸. Nos encontramos en presencia de una nueva creación, del nuevo Adán²⁹. De tal manera que las relaciones con Dios resultan en muchos aspectos profundamente cambiadas³⁰. La novedad es tal que la maldición que cae sobre el Mesías crucificado se transforma en bendición para todos los pueblos³¹ y que la fe en Jesús Salvador se sustituye al régimen de la Ley³².

11. La muerte y la resurrección de Jesús, gracias a las cuales el Espíritu ha sido derramado en los corazones, han mostrado las insuficiencias de las sabidurías y de las morales meramente humanas, y aún de la Ley a pesar de ser don de Dios a Moisés, pues todas estas instituciones son capaces de dar el conocimiento del bien, pero no la fuerza de cumplirlo, el conocimiento del pecado, pero no el poder de resistirle³³.

II. La presencia de Cristo en la cultura y en las culturas

A — *La particularidad de Cristo, Señor y Salvador universal*

12. Por haber sido integral y concreta, la encarnación del Hijo de Dios ha sido una encarnación cultural:

“Cristo mismo por su encarnación, adoptó las condiciones sociales y culturales peculiares de los hombres con los que vivió”³⁴.

13. El Hijo de Dios quiso ser un judío de Nazareth en Galilea, que hablaba arameo, sometido a padres piadosos de Israel que lo acompañaba al templo de Jerusalén, donde lo encontraron “sentado en medio de los Doctores, escuchándolos e interrogándolos”³⁵. Jesús creció en medio de las costumbres y oficios de su tiempo, observando el modo de obrar de los pescadores, de los campesinos y de los comerciantes de su medio. Las escenas y los paisajes de los que se nutre la imaginación del futuro rabí son propios de un país y de una época bien determinados.

28. Mc 1, 14-15; 10, 2-9; Mt 5, 21-48.

29. Ro 5, 12-19; 1 Co 15, 20-22.

30. Mc 8, 27-33; 1 Co 1, 18-25.

31. Ga 3, 13; Dt 21, 22-23.

32. Ga 3, 12-14.

33. Ro 7, 16ss; 3, 20; 7, 7; 1 Tm 1, 8.

34. AG 10.

35. Lc 2, 46.

14. Alimentado por la piedad de Israel, moldeado por la enseñanza de la Ley y de los Profetas, con una experiencia singular de Dios como Padre que le confiere una profundidad inaudita, Jesús se sitúa en una tradición espiritual claramente determinada, la del profetismo judío. Como los profetas de antaño, El es la boca de Dios y llama a la conversión. Su estilo es igualmente muy típico: el vocabulario, los géneros literarios, los giros estilísticos, todo recuerda el linaje de Elías y Eliseo: el paralelismo bíblico, los proverbios, las paradojas, las amonestaciones, las bienaventuranzas y hasta los gestos simbólicos.

15. Jesús está de tal manera ligado a la vida de Israel que el Pueblo y la tradición religiosa en donde se sitúa tienen por este mismo hecho algo de singular en la Historia de la Salvación de los hombres; este pueblo elegido y la tradición religiosa que ha dejado tienen un significado permanente para la humanidad.

16. No, la Encarnación no tiene nada de una improvisación. El Verbo de Dios entra en una historia que lo prepara, que lo anuncia y que lo prefigura. Cristo de antemano se incorpora, podría decirse, al pueblo que Dios ha formado precisamente en vista del don que hará de su Hijo. Todas las palabras que han proferido los profetas preluden a la Palabra subsistente que es el Hijo de Dios.

17. Por esto la historia de la Alianza pactada con Abraham, y, mediante Moisés, con el pueblo de Israel, como los libros que narran y que aclaran esta historia, todo aquello conserva para los fieles de Jesús la función de una indispensable e irremplazable pedagogía. De todos modos la elección de este pueblo, del cual ha surgido Jesús, no ha sido jamás revocada.

“Los de mi raza, escribe San Pablo, ellos que son los israelitas, ellos son a quienes pertenece la adopción, la gloria, las alianzas, la Ley, el culto, las promesas y los Padres; de ellos, en fin, ha salido Cristo según la carne, el que está por encima de todo, Dios bendito eternamente. Amén”³⁶.

La rama de olivo cultivado, no ha perdido sus privilegios en provecho de la rama de olivo salvaje que ha sido injertada en él³⁷.

36. Ro 9, 3-5.

37. Ro 11, 24.

B. La catolicidad del Unico

18. Por particular que sea la condición del Verbo hecho carne —y por consiguiente la cultura que lo acoge, lo forma y lo continúa—, no es en primera instancia a esta particularidad a la que el Hijo de Dios se ha unido. Es porque se ha *hecho hombre* por lo que Dios ha asumido también, en cierta manera, una raza, un país y una época.

“Porque en El la naturaleza humana ha sido asumida y no absorbida, por esto mismo esta naturaleza ha sido elevada en nosotros también a una dignidad sin igual. Porque, por su encarnación, el Hijo de Dios en cierta forma se ha unido El mismo a todo hombre”³⁸.

19. La trascendencia de Cristo no lo aísla, pues, por encima de la familia humana, sino que lo hace presente a todo hombre, más allá de todo particularismo. “*No es extranjero, en ninguna parte ni respecto de quien quiera que sea*”³⁹, “ya no hay ni judío ni griego, ya no hay ni esclavo ni hombre libre; ya no hay ni hombre ni mujer; porque todos vosotros no sois sino uno en Jesucristo”⁴⁰. Cristo nos alcanza, pues, en la unidad que nosotros formamos, como en la multiplicidad y en la diversidad de los individuos en quienes se realiza nuestra común naturaleza.

20. Cristo no nos alcanzaría, sin embargo, en la verdad de nuestra humanidad concreta si no nos alcanzara en la diversidad y en la complementariedad de nuestras culturas. Son las culturas, en efecto, —la lengua, la historia, la actitud general frente a la vida, las instituciones diversas—, las que para bien y para mal nos acogen en la vida, nos educan, nos acompañan y nos prolongan. Si el cosmos entero es misteriosamente el lugar de la gracia y del pecado, ¿cómo no lo serían también nuestras culturas, ellas que son frutos y gérmenes de la actividad propiamente humana?

21. En el Cuerpo de Cristo las culturas, en la medida en que son animadas y renovadas por la gracia y la fe, son de todos modos complementarias. Ellas permiten ver la fecundidad multiforme de la cual son capaces las enseñanzas y las energías del mismo Evangelio, los mismos

38. GS 22.

39. AG 8.

40. Ga 3, 28.

principios de verdad, de justicia, de amor y de libertad, cuando son penetrados por el Espíritu de Cristo.

22. ¿Acaso será necesario recordar, en fin, que no es por estrategia interesada por lo que la Iglesia, esposa del Verbo Encarnado, se preocupa de la suerte de las diversas culturas de la humanidad? Ella quiere animar desde dentro, proteger, liberar del error y del pecado por el cual hemos sido corrompidos, estos recursos de verdad y de amor que Dios ha dispuesto como *semina Verbi*, en su creación. El Verbo de Dios no viene en una creación que le sería extraña. "Todo es creado por El y para El. El está antes de todas las cosas y todo subsiste en El"⁴¹.

La Iglesia de los Apóstoles y el Espíritu Santo

A – Desde Jerusalén a las Naciones:

Los comienzos peculiares de la inculturación de la fe

23. El día de Pentecostés la irrupción del Espíritu Santo inaugura la relación de la fe cristiana y de las culturas como un evento de cumplimiento y de plenitud: la promesa de la salvación, cumplida por Cristo resucitado, llena el corazón de los creyentes por la efusión del mismo Espíritu Santo. "Las maravillas de Dios" serán en adelante "publicadas" a todos los hombres de toda lengua, de toda cultura⁴². Mientras la humanidad vive bajo el signo de la división de Babel, el don del Espíritu Santo le es ofrecido como la gracia, trascendente y sin embargo, tan humana, de la *sinfonía* de los corazones. La comunión divina (*koinonía*)⁴³ recrea una nueva humanidad entre los hombres, penetrando sin destruirlo el signo de su división: las lenguas.

24. El Espíritu Santo no instaura una supercultura, sino que es el principio personal y vital que va a vivificar la nueva comunidad en sinergia con sus miembros. El don del Espíritu Santo no es del orden de las estructuras, pero la Iglesia de Jerusalén que El moldea es *koinonía* de fe y de *ágape*, que se comunica en la pluralidad sin dividirse, es el Cuerpo de Cristo cuyos miembros están unidos sin dividirse, es *Cuerpo de Cristo* cuyos miembros están unidos sin uniformidad. La primera prueba de la *catolicidad* aparece cuando las diferencias relacionadas con la cultura (discordias entre Helenos y Hebreos) amenazan la Comunción⁴⁴. Los

41. Col 1, 16-17.

42. Hch 2, 11.

43. Hch 2, 42.

44. Hch 6, 1ss.

Apóstoles no suprimen las diferentes sino que crean una función esencial del Cuerpo Eclesial: la *diaconía* al servicio de la *koinonía*.

25. Para que la Buena Nueva sea anunciada a las *Naciones*, el Espíritu Santo suscita un nuevo discernimiento en Pedro y en la comunidad de Jerusalén⁴⁵: la fe de Cristo no exige de los nuevos creyentes que abandonen su cultura para adoptar la fe de la Ley del pueblo judío: todos los pueblos están llamados a ser beneficiarios de la Promesa y a compartir la herencia confiada para ellos al Pueblo de la Alianza⁴⁶. Por consiguiente, “nada más allá de lo necesario” según la decisión de la Asamblea Apostólica⁴⁷.

26. Pero, escándalo para los judíos, el misterio de la cruz es locura para los paganos. Aquí la inculturación de la fe choca con el pecado radical que retiene “cautiva”⁴⁸ la verdad de una cultura que no es asumida por Cristo: la *idolatría*. “Mientras el hombre está privado de la gloria de Dios”⁴⁹ todo aquello que él “cultiva” es imagen opaca de él mismo. El kerygma paulino parte entonces de la Creación y de la vocación a la Alianza, denuncia las perversiones morales de la humanidad enceguecida y anuncia la salvación en Cristo crucificado y resucitado.

27. Después de la prueba de la catolicidad entre comunidades cristianas culturalmente diferentes, después de las resistencias del legalismo judío y de las de la idolatría, la fe capitula ante la cultura en el *gnosticismo*. El fenómeno está naciendo en la época de las últimas cartas de Pablo y de Juan; alimentará la mayor parte de las crisis doctrinales de los siglos siguientes. Aquí la razón humana en su estado herido rehúsa la locura de la Encarnación del Hijo de Dios y procura recuperar el Misterio acomodándolo a la cultura reinante. *Ahora bien, “la fe no se fundamenta sobre la sabiduría de los hombres, sino sobre el poder de Dios”*⁵⁰.

B — La tradición apostólica

Inculturación de la fe y salvación de la cultura

28. En los “últimos tiempos” inaugurados en Pentecostés, Cristo resucitado, Alfa y Omega, entra en la historia de los pueblos: desde en-

45. Hch 10 y 11.

46. Ef 2, 14-15.

47. Hch 15, 28.

48. Ro 1, 18.

49. Ro 3, 23.

50. 1 Co 2, 4 ss.

tonces los sellos que encerraban el sentido de la historia y por consiguiente de la cultura, están rotos⁵¹ y el Espíritu Santo revela dicho sentido actualizándolo y comunicándolo a todos. De esta Revelación y de esta Comunión la Iglesia es el Sacramento. Ella vuelve a centrar toda cultura en la cual Cristo es acogido, situándola en el eje del “mundo que viene”, y restaura la comunión quebrantada por el “príncipe de este mundo”. La cultura está así en *situación escatológica*: tiende hacia su cumplimiento en Cristo, pero no puede ser salvada sino asociándose al repudio del mal.

29. Cada Iglesia local o particular tiene vocación de ser en el Espíritu Santo el sacramento que manifiesta a Cristo, crucificado y resucitado, en la *carne* de una cultura particular:

a) La cultura de una Iglesia local —joven o antigua— participa del dinamismo de las culturas y de sus vicisitudes. Aún si ella está en situación escatológica, no escapa de las pruebas y de las tentaciones⁵².

b) La “novedad cristiana” engendra en las iglesias locales expresiones particulares, culturalmente caracterizadas (modalidades de las formulaciones doctrinales, simbolismos litúrgicos, tipos de santidad, directivas canónicas, etc.). Pero la comunión entre las iglesias exige constantemente que la “carne” cultural de cada una no sea barrera para el reconocimiento mutuo en la fe apostólica y para la solidaridad en el amor.

c) Ninguna iglesia enviada a las naciones puede dar testimonio de su Señor si, en lo que toca a sus ataduras culturales, no se conforma a El en la *kénosis* primera de su Encarnación y en el despojamiento final de su Pasión vivificante. La inculturación de la fe es una de las expresiones de la Tradición apostólica cuyo carácter dramático subraya a menudo Pablo⁵³.

30. Los escritos apostólicos y los testimonios patrísticos no limitan su visión de la cultura al servicio de la Evangelización, sino que la integran en *la totalidad del Misterio de Cristo*. Para ellos, la creación es el reflejo de la gloria de Dios, el hombre es su icono viviente y es en Cristo que se da la semejanza con Dios. La cultura es el lugar en el que el hombre y el mundo están llamados a encontrarse en la gloria de Dios. El

51. Ap 5, 1-5.

52. Cf. Ap 2 y 3.

53. 1 y 2 Co passim.

encuentro es fallido u oscurecido en la medida en que el hombre es pecador. Al interior de la creación cautiva se vive la gestación del "universo nuevo"⁵⁴: la Iglesia sufre "los dolores de parto"⁵⁵. En ella y por ella las criaturas de este mundo pueden vivir su redención y su transfiguración.

III

PROBLEMAS ACTUALES DE INCULTURACION

La piedad popular

El encuentro de las religiones no cristianas

Jóvenes Iglesias, pasado cristiano y cultura ancestral

La fe cristiana y la modernidad

1. La inculturación de la fe que hemos considerado en un primer momento sobre todo desde el punto de vista teológico (naturaleza, cultura y gracia), y luego desde el punto de vista de la historia y del dogma (la inculturación en la Historia de la Salvación), plantea también problemas considerables a la reflexión teológica y a la acción pastoral. Así, los interrogantes que surgieron en el siglo XVI por el descubrimiento de nuevos mundos siguen preocupándonos. ¿Cómo reconciliar con la fe las expresiones espontáneas de la religiosidad de los pueblos? ¿Qué actitud asumir frente a las religiones no cristianas, a aquellas en particular que están "ligadas al progreso de la cultura"?⁵⁶. Nuevas preguntas han surgido en nuestro tiempo. ¿Cómo las "jóvenes iglesias", nacidas en nuestro siglo de la indigenización de comunidades cristianas existentes, deben considerar sea su pasado cristiano, sea la historia cultural de sus pueblos respectivos? ¿Cómo, en fin, debe el Evangelio animar, purificar y fortificar el mundo nuevo en donde nos han hecho entrar especialmente la industrialización y el urbanismo? Nos parece que estas cuatro preguntas se imponen a quien reflexione sobre las condiciones actuales de la inculturación de la fe.

La piedad popular

2. Se entiende generalmente por *piedad popular* en los países tocados por el Evangelio, la unión de la fe y de la piedad cristianas, por una

54. Ap 21, 5.

55. Cf. Ro 8, 18-25.

56. NA 2.

parte, con la cultura profunda y las formas de la religión anterior de los pueblos, por otra parte, Se trata de aquellas muy numerosas devociones con las que algunos cristianos expresan su sentimiento religioso en el lenguaje simple, entre otros, de la fiesta y de la peregrinación, de la danza y del canto. Se ha podido hablar de *síntesis vital* a propósito de esta piedad, ya que ella une "el cuerpo y el espíritu, la comunión eclesial y la institución, el individuo y la comunidad, la fe cristiana y el amor a la patria, la inteligencia y la afectividad"⁵⁷. La calidad de la síntesis depende obviamente de la antigüedad y profundidad de la evangelización, y también de la compatibilidad de los antecedentes religiosos y culturales con la fe cristiana.

3. En la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*, Pablo VI aprobó y alentó una apreciación nueva de la piedad popular.

"Vistas mucho tiempo como menos puras, unas veces despreciadas, estas expresiones (particulares de la búsqueda de Dios y de la fe) son hoy en día un poco por todas partes el objeto de un redescubrimiento"⁵⁸.

4. "Cuando está bien orientada, sobre todo mediante una pedagogía de evangelización, continuaba Pablo VI, (la piedad popular) es rica en valores. Refleja una sed de Dios que sólo los simples y los pobres pueden conocer. Hace capaz de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo cuando se trata de manifestar la fe. Comporta un hondo sentido de los atributos profundos de Dios: la paternidad, la Providencia, la presencia amorosa y constante. Engendra actitudes interiores raramente observadas en el mismo grado en quienes no poseen esa religiosidad: paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desprendimiento, apertura a los demás, devoción"⁵⁹.

5. Por otra parte, la fuerza y la profundidad de las raíces de la piedad popular se han manifestado claramente en aquel largo período de descrédito del que habla Pablo VI. Las expresiones de la piedad popular han sobrevivido a las numerosas predicciones de desaparición que parecían dar por cierta la modernidad y los progresos del secularismo. Han conservado y aún acrecentado en muchas regiones del globo la atracción que ejercían sobre las muchedumbres.

57. DP 448.

58. EN 48.

59. Ibid.

6. Muchas veces se han denunciado las limitaciones de la piedad popular. Se deben a un cierto simplismo, fuente de diversas deformaciones de la religión, inclusive de supersticiones. Uno se queda a nivel de manifestaciones culturales, sin que estén empeñadas una verdadera adhesión de fe y la expresión de dicha fe en el servicio del prójimo. Mal orientada, la piedad popular puede inclusive conducir a la formación de sectas y poner así en peligro la verdadera comunidad eclesial. Corre también el peligro de ser manipulada sea por poderes políticos, sea por fuerzas religiosas extrañas a la fe cristiana.

7. La consideración de tales peligros invita a practicar una catequesis inteligente, convencida de los méritos de una piedad popular auténtica y, al mismo tiempo, capaz de discernimiento. Una liturgia viviente y adaptada está llamada igualmente a jugar un gran papel en la integración de una fe muy pura y de las formas tradicionales de la vida religiosa de los pueblos. Sin ninguna duda, la piedad popular puede aportar una contribución irremplazable a una antropología cultural cristiana que permitiría reducir la brecha, a veces trágica, entre la fe de los cristianos y ciertas instituciones socio-económicas de orientación muy diferente que rigen su vida cotidiana.

Inculturación de la fe y religiones no-cristianas

8. Las religiones no-cristianas

Desde sus orígenes la Iglesia ha encontrado a muchos niveles el problema de la pluralidad de religiones. Los cristianos no constituyen aún hoy día más que una tercera parte de la población mundial. De todos modos tendrán que vivir en un mundo que siente una simpatía creciente por el pluralismo en materia religiosa.

9. Dada la posición relevante de la religión en la cultura, una Iglesia local o particular implantada en un medio socio-cultural no cristiano debe tener en cuenta muy seriamente los elementos religiosos de aquel ambiente. Semejante preocupación será de todos modos a la medida de la profundidad y de la vitalidad de dichos elementos religiosos.

10. Si se nos permite tomar un continente como ejemplo, hablaremos del Asia que ha visto nacer varias de las grandes corrientes religiosas del mundo. El hinduismo, el budismo, el islam, el confucionismo, el taoísmo y el sintoísmo, todos esos sistemas religiosos, por cierto en partes distintas del continente, se han enraizado profundamente en los pue-

blos y muestran mucha vitalidad. La vida personal, como la actividad social y comunitaria han sido marcadas de manera decisiva por estas tradiciones religiosas y espirituales. Por esto las Iglesias de Asia consideran el problema de las religiones no-cristianas como uno de los más importantes y más urgentes. Inclusive hacen de este problema el objeto de esta forma privilegiada de relación que es el diálogo.

11. *El diálogo de las religiones*

El diálogo con las otras religiones es parte integrante de la vida de los cristianos: por el intercambio, el estudio y el trabajo en común, este diálogo contribuye a una mejor inteligencia de la religión del otro y al crecimiento en la piedad.

12. Para la fe cristiana la unidad de todos en su origen y en su destino, vale decir en la creación y en la comunión con Dios en Jesucristo, se acompaña de la presencia de la acción universal del Espíritu Santo. La Iglesia en diálogo escucha y aprende:

“La Iglesia católica nada rechaza de cuanto es verdadero y santo en estas religiones. Ella considera con un sincero respeto aquellos modos de actuar y de vivir, aquellas reglas y doctrinas que, aunque en muchos puntos difieran de cuanto ella misma cree y propone, aportan sin embargo con frecuencia un rayo de la Verdad que ilumina a todos los hombres⁶⁰.

13. Este diálogo tiene algo de peculiar ya que, como lo atestigua la historia de las religiones, la pluralidad de las religiones ha engendrado con frecuencia discriminaciones y celo, fanatismo y despotismo, cosas todas que han merecido a la religión la acusación de ser fuente de división en la familia humana. La Iglesia “*sacramento universal de salvación*”, es decir, “*signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de toda la raza humana*”⁶¹, está llamada por Dios a ser ministro e instrumento de la unidad en Jesucristo para todos los hombres y todos los pueblos.

14. *La trascendencia del Evangelio en relación a la cultura*

Sin embargo, no podemos olvidar la trascendencia del Evangelio en relación a todas las culturas humanas en las cuales la fe cristiana está

60. NA 2.

61. LG 1.

llamada a enraizarse y a desarrollarse según todas sus virtualidades. Por grande en efecto que deba ser el respeto por aquello que es verdadero y santo en la herencia cultural de un pueblo, esta actitud no exige sin embargo otorgar un carácter absoluto a dicha herencia cultural. Nadie puede olvidar que, desde el principio, el Evangelio ha sido “escándalo para los judíos y locura para los paganos”⁶². La inculturación que toma la vía del diálogo entre las religiones no podría de ninguna manera prestarse al sincretismo.

Las jóvenes Iglesias y su pasado cristiano

15. La Iglesia prolonga y actualiza el misterio del siervo de Yahvé, al cual ha sido prometido que será “luz de las naciones para que la salvación alcance las extremidades de la tierra”⁶³ y que será “la Alianza del pueblo”⁶⁴. Esta profecía se realiza en la Última Cena cuando, la víspera de su Pasión, Cristo rodeado de los Doce da a los suyos su Cuerpo y su Sangre en comida y bebida de la Nueva Alianza, asimilándolos así a su propio Cuerpo. Nació la Iglesia, pueblo de la Nueva Alianza. Ella recibirá en Pentecostés el Espíritu de Cristo, el Espíritu del cordero inmolado desde los orígenes y que ya trabajaba para satisfacer este deseo tan profundamente enraizado en los seres humanos: la unión más radical en el respeto más radical de la diversidad.

16. En virtud de la comunión católica que une a todas las Iglesias particulares en una misma historia, las jóvenes Iglesias consideran el pasado de las Iglesias que les han engendrado, como una parte de su propia historia. Sin embargo, el acto más importante de interpretación que signa su madurez espiritual consiste en reconocer esta anterioridad como originaria, no solamente como histórica. Esto significa que al acoger en la fe el Evangelio que les han anunciado las hermanas mayores, las jóvenes Iglesias han acogido “al mismo iniciador de la fe”⁶⁵ y toda la Tradición en la que la fe se ha proclamado, como también la capacidad de generar formas originales en las que se expresará la fe única y común. Iguales en dignidad, viviendo del mismo misterio, auténticas Iglesias hermanas, las jóvenes Iglesias manifiestan en armonía con sus hermanas mayores la plenitud del Misterio de Cristo.

62. 1 Co 1, 23.

63. Is 49, 6.

64. Is 49, 8.

65. Hb 12, 2.

17. Pueblo de la Nueva Alianza, es en cuanto que ella hace memoria del Misterio Pascual y anuncia sin cesar el retorno del Señor, como la Iglesia puede ser llamada escatología comenzada de las tradiciones culturales de los Pueblos, a condición, por supuesto, de que estas tradiciones hayan sido sometidas a la ley purificadora de la muerte y de la resurrección en Jesucristo.

18. Como San Pablo en el areópago de Atenas, la joven Iglesia hace una lectura nueva y creadora de la cultura ancestral. Cuando esta cultura pasa a Cristo, "cae el velo"⁶⁶. Durante el período de *incubación* de la fe, esta Iglesia había descubierto a Cristo como "exégeta y exégesis" del Padre en el Espíritu⁶⁷; de todos modos, no cesa de contemplarlo como tal. Ahora lo descubre como "exégeta y exégesis" del hombre, fuente y destinatario de la cultura. Al Dios desconocido revelado en la cruz corresponde el hombre desconocido que anuncia la joven Iglesia, en su calidad de Misterio Pascual vivo, inaugurado por gracia en la antigua cultura.

19. En la salvación que ella hace presente, la joven Iglesia se esfuerza por descubrir todas las trazas de la solicitud de Dios por un grupo humano particular, los *semina Verbi*. Aquello que el prólogo de la Epístola a los Hebreos dice de los padres y de los profetas puede ser retomado en relación con Jesucristo, y vale en cierta manera analógicamente para toda cultura humana en aquello que ella tiene de recto y de verdadero y en lo que ella conlleva de sabiduría.

La fe cristiana y la modernidad

20. Las mutaciones técnicas que han provocado la revolución industrial, y luego la revolución urbana, han afectado el alma profunda de los pueblos, beneficiarios y con mucha frecuencia víctimas de estos cambios. Por esto se impone a los creyentes como una tarea urgente y difícil comprender la cultura moderna en sus rasgos característicos, como en sus anhelos y en sus necesidades en relación a la salvación traída por Jesucristo.

21. La revolución industrial fue ella también una revolución cultural. Valores hasta entonces seguros fueron puestos en tela de juicio,

66. 2 Co 3, 16.

67. Cf. Henri de Lubac, *Exégèse médiévale*, Paris, 1959, I, 322-324.

tales como el sentido del trabajo personal y comunitario, la relación directa del hombre a la naturaleza, el pertenecer a una familia de apoyo, en la cohabitación como en el trabajo, el arraigo en comunidades locales y religiosas de talla humana, la participación en tradiciones, ritos, ceremonias y celebraciones que dan un sentido a los grandes momentos de la existencia. La industrialización, al provocar un hacinamiento desordenado de poblaciones, atentó gravemente contra estos valores seculares sin suscitar comunidades capaces de integrar culturas nuevas. En el momento en que los pueblos más desprovistos están buscando un modelo de desarrollo adecuado, las ventajas así como los riesgos y los costos humanos de la industrialización se perciben mejor.

22. Grandes progresos han sido logrados en muchas áreas de la vida: alimentación, salud, educación, transporte, acceso a los bienes de consumo de toda especie. Inquietudes profundas surgen sin embargo en el inconsciente colectivo. En muchos países la idea de progreso ha cedido el paso, sobre todo después de la segunda guerra mundial, al desencanto. La racionalidad en materia de producción y de administración, cuando olvida el bien de las personas, obra contra la razón. La emancipación de las comunidades de pertenencia ha hundido al hombre en la multitud solitaria. Los medios nuevos de comunicación desestructuran tanto como pueden unir. La ciencia, por las creaciones técnicas que son fruto de ella, aparece a la vez creadora y homicida. Por esto, algunos desesperan de la modernidad y hablan de una nueva barbarie. A pesar de tantas faltas y de tantos fracasos, hay que esperar un repunte moral de todas las naciones, ricas y pobres. Si el Evangelio es predicado y entendido, una conversión cultural y espiritual es posible; ella llama a la solidaridad, a la preocupación por el bien integral de la persona, a la promoción de la justicia y de la paz, a la adoración del Padre de quien todo bien procede.

23. La inculturación del Evangelio en las sociedades modernas exigirá un esfuerzo metódico de búsqueda y de acción concertadas. Este esfuerzo supondrá en los responsables de la evangelización: 1) una actitud de acogida y discernimiento crítico; 2) la capacidad de percibir los anhelos espirituales y las aspiraciones humanas de las nuevas culturas; 3) la aptitud para el análisis cultural en vista de un encuentro efectivo con el mundo moderno.

24. *Una actitud de acogida* se requiere, en efecto, en aquel que quiere comprender y evangelizar el mundo de este tiempo. La modernidad viene acompañada de progresos innegables en muchas áreas mate-

riales y culturales; bienestar, movilidad humana, ciencia, investigación, educación, sentido nuevo de la solidaridad. Por otra parte, la Iglesia del Vaticano II ha tomado una viva conciencia de las condiciones nuevas en las cuales debe ejercer su misión y es en las culturas de la modernidad donde se construirá la Iglesia del mañana. A propósito del discernimiento se aplica la consigna tradicional retomada por Pío XII:

“Es preciso comprender más a fondo la civilización y las instituciones de los diversos pueblos y cultivar sus cualidades y sus mejores dones... Todo aquello que en las costumbres de los pueblos no esté ligado indisolublemente a las supersticiones o a los errores debe ser examinado con benevolencia y, si es posible, ser conservado intacto”⁶⁸.

25. El Evangelio suscita *cuestiones fundamentales* en aquellos que reflexionan sobre el comportamiento del hombre moderno. ¿Cómo hacer comprender a este hombre la radicalidad del mensaje de Cristo: la caridad incondicional, la pobreza evangélica, la adoración del Padre y la aceptación constante de su voluntad? ¿Cómo educar en el sentido cristiano del sufrimiento y de la muerte? ¿Cómo suscitar la fe y la esperanza en la obra de resurrección cumplida por Jesucristo?

26. Tenemos que desarrollar una *capacidad de analizar las culturas* y de percibir sus incidencias morales y espirituales. Una movilización de toda la Iglesia se impone para que sea afrontada con éxito la tarea extremadamente compleja de la inculturación del Evangelio en el mundo moderno. A este respecto debemos compartir la preocupación de Juan Pablo II: “desde el inicio de mi Pontificado, he considerado que el diálogo de la Iglesia con las culturas de nuestro tiempo era de vital importancia: aquí lo que está en juego es el destino del mundo en este final del siglo XX”⁶⁹.

CONCLUSION

1. Después de haber dicho que importaba “alcanzar y como revolucionar por la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los centros de interés, las líneas de pensamiento, las fuen-

68. Pío XII, enc. *Summi Pontificatus*, octubre 20 de 1939.

69. Juan Pablo II, Carta autógrafa de fundación del Consejo Pontificio para la Cultura, mayo 20 de 1982.

tes de inspiración y los modelos de vida que están en contraste con la Palabra de Dios y el designio de la salvación”, Paulo VI pedía “evangelizar —no de manera decorativa, como con un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta en sus raíces— la cultura y las culturas del hombre, en el sentido rico y amplio que estos términos tienen en *Gaudium et Spes*... El Reino que el Evangelio anuncia es vivido por hombres profundamente ligados a una cultura y la construcción del Reino no puede prescindir de adoptar elementos de la cultura y de las culturas humanas”⁷⁰.

2. “En este fin del siglo XX, decía por su parte Juan Pablo II, la Iglesia debe hacerse toda para todos acercándose con simpatía a las culturas de hoy. Hay todavía medios y mentalidades así como países y regiones enteras por evangelizar, lo que supone *un largo y valeroso proceso de inculturación* a fin de que el Evangelio penetre en el alma de las culturas vivientes, respondiendo a sus anhelos más altos y haciéndolas crecer a la dimensión misma de la fe, de la esperanza y de la caridad. A veces las culturas no han sido todavía tocadas sino superficialmente, y de todas maneras, como se transforman sin cesar, piden un trato siempre renovado... más aún nuevos sectores de cultura aparecen con objetivos, métodos y lenguajes diversos”⁷¹.

70. EN 19-20.

71. Juan Pablo II, Carta a los miembros del Consejo Pontificio para la Cultura, enero 18 de 1983.